

pistas salgan a las calles. Fuentes propagandísticas como Fox News y OANN se esmerarán en echarle leña al fuego, y quién sabe qué harán los cientos de miles de seguidores de QAnon. La guerra cultural no parará si Trump pierde. Pero crecerá si Trump gana.

Cuando Trump mezcló el victimismo del supremacista blanco frustrado con su característico yoísmo, la combinación fue explosiva y potente. No se debe subestimar. Pero también provocó una reacción adversa. Y esa desilusión furiosa —casi un asco político— no se refiere solo a Trump. Incluye la fragilidad y la corrupción institucional que los excesos de Trump han revelado. Black Lives Matter empezó gracias a los activistas que llevan años creando un movimiento capaz de efectuar una reforma social, pero surgió porque muchos estadounidenses están por fin dispuestos a ver problemas que sin el trumpismo quizá seguirían ignorando. Ya no. El público ha visto y reconocido la conducta nefasta de la policía en una ciudad tras otra. Imposible no hacerlo. Cuando los trumpistas se jactan del doble estándar racista y la policía abusa abiertamente de los ciudadanos que protestan por su maltrato, ya no se puede negar que existen dos sistemas de justicia.

La guerra cultural no empezó ni terminará con este presidente, pero el conflicto entre los trumpistas y sus opositores se ha agudizado a un punto casi insostenible. Mirando hacia delante, quizá la lección más valiosa para esta democracia insalubre ha sido que para el etnonacionalismo (y para Donald Trump) la victoria no basta. El supremacismo blanco es paranoico e insaciable. Su agresividad aumenta cuando tiene más poder. Si no hay forma de apaciguar el extremismo ni con compromisos ni con la misma presidencia, de nada sirve la timidez. —

**LILI LOOFBOUROW** es escritora. Publica regularmente en *Slate*.



Fotografía: Kyle Mazza/NurPhoto via ZUMA Press

## Panorama desde la frontera

ALFREDO CORCHADO

EL PASO. Todo empieza y termina con el “hermoso” muro de Trump, símbolo de su campaña hace cuatro años y símbolo de nuevo ahora. No importa que solo ha construido diez kilómetros donde antes no había vallas fronterizas. Importa el símbolo. Durante esta campaña de reelección, Trump ha insistido en que “México” pagará por el muro. Por “México”, ahora se refiere a peajes al cruzar los puentes internacionales o un impuesto sobre las remesas que envían a casa. Pagarán los mexicanos, dice Trump.

De ser así, quizás Andrés Manuel López Obrador ha sido el primero en pagar. Como candidato presidencial, López Obrador arremetió contra las políticas de inmigración de Trump e insistió en que México ya no sería su “piñata”. Ahora, el presidente de México es considerado uno de los aliados más cercanos de Trump. Los dos comparten un estilo de gobierno similar. Ambos son vistos como figuras populistas, frecuentemente divisivas y tercas que ven a los medios como archi-

enemigos. Pero hay otras coincidencias. Como varios de sus antecesores, López Obrador ha sido un facilitador de la farsa de Estados Unidos, apaciguando los caprichos de la bestia del norte. Bajo amenazas de nuevos aranceles y otras medidas punitivas cuestionables, López Obrador le ha dado a Trump el muro que añoraba. El uso de la fuerza en México casi ha logrado detener a los migrantes que tratan de llegar a Estados Unidos.

Las consecuencias han sido mortales.

El 3 de agosto del 2019, un hombre blanco de veintiún años, enojado, desempleado, sin estudios universitarios y que vivía de los beneficios del gobierno, condujo más de mil kilómetros desde el área de Dallas para invadir nuestro hogar. Cometió un ataque terrorista doméstico, buscando a mexicanos para matar.

Aunque en su manifiesto dijo que el presidente no jugó ningún papel en su decisión, el supuesto asesino hizo un claro eco a las

palabras de Trump. Protestó con una letanía que dice “Los judíos no nos reemplazarán” en un mitin de supremacistas blancos en Charlottesville, Virginia, en 2017, y se refirió a los organizadores de la construcción de un muro fronterizo privado en El Paso y Nuevo México, quienes pidieron donaciones, prometiendo que un cachito de muro detendría la “invasión” e insistiendo en que el proyecto tenía la “bendición” de Trump. Entre quienes apoyaban la causa se encontraban el hijo de Trump Don Jr. y el exasesor de Trump en la Casa Blanca Steve Bannon. Bannon y otros tres fueron acusados en agosto de 2020 de estafar a los donantes y desviar veinticinco millones de dólares de la recaudación de fondos. Bannon se declaró inocente.

Solo días después de la recaudación en YouTube, el tirador llegó a El Paso con un propósito: borrar la historia de mi familia y la de más de 35 millones de mexicoamericanos —miles de ellos pasan por esta frontera hacia el norte para reinventarse y reabastecer a Estados Unidos—. En menos de tres minutos, mató a veintitrés personas e hirió a otras veintitrés, muchas de ellas compradores mexicanos que habían cruzado la frontera esa mañana para gastar sus pesos convertidos a dólares en el llamado “Walmart mexicano”, justo al lado de la interestatal 10, que conecta a El Paso con Ciudad Juárez.

México condenó justamente la matanza. Prometió responsabilizar al asesino y a los fabricantes de armas. El secretario de Relaciones Exteriores, Marcelo Ebrard, incluso convocó una cumbre de líderes de países de habla hispana para desarrollar una estrategia para combatir la supremacía blanca. Yo me uní a un grupo de autores y periodistas de El Paso para compartir el dolor y horror de nuestra región con vecinos en México.

“Si los supremacistas blancos están incitando el odio y las divisiones raciales, ¿cuál es nuestra respuesta? Tenemos que definir esa respuesta, defender nuestra cultura, idioma, civilización, nuestra existencia”, me dijo Roberto Velasco, ahora director general para América del Norte en la Secretaría de Relaciones Exteriores.

Meses después, vi con consternación cómo López Obrador se paró junto a Trump y les dijo a los estadounidenses que “su presidente se ha comportado con amabilidad y respeto” hacia los mexicanos. Trump sonrió.

Recientemente manejé sobre la recién construida carretera Loop 375, que pasa por encima del río Grande y la valla fronteriza. Se asoma Ciudad Juárez, sobre barrios marginales, la estatua de un cigarrillo y un supermercado. Me quedo mirando al horizonte: las montañas grises y secas, Cristo Rey arriba de una de ellas. El río Grande se convierte en río Bravo. Este es el punto donde las dos naciones, idiomas y culturas de mi familia se mezclan y se convierten en una sola tierra en el extremo más lejano de Texas, Nuevo México y Chihuahua.

Como hijo de México y de la frontera, mi perspectiva era privilegiada. Ya no. Pienso en los fundadores de este país y el gran experimento en el que se embarcaron hace siglos en Filadelfia con ideales como “todos somos creados iguales”. ¿Sería un gran mito?

Esa pregunta está en juego en las elecciones del 3 de noviembre. No importa quién gane la elección presidencial, sanar la herida empieza aquí en la frontera con su muro en construcción, de pie como escenografía de una mala obra de teatro. Sanar no será fácil. —

**ALFREDO CORCHADO** es corresponsal del *Dallas Morning News*. Su libro más reciente es *Patrias* (Debate, 2019).

## Después del otoño

ANA FUENTES

Cada año desde tiempos de Mao Zedong el curso político chino empieza en la playa. Los líderes del Partido Comunista, incluidos algunos retirados influyentes, se dan cita en Beidaihe, una ciudad costera del golfo de Bohai, a trescientos kilómetros al este de Pekín. Allí fijan las grandes líneas de actuación, y se dice que es cuando los ancianos tienen margen para criticar al presidente de turno. Las conclusiones del cónclave, que no es secreto pero tampoco se publicita, se trasladan a reuniones formales a partir de octubre.

Beidaihe es un resort mítico. Los diplomáticos chinos viajan allí huyendo del pegajoso calor pequinés, igual que los mandatarios soviéticos se refugiaban en sus dachas de Crimea. Sidney Rittenberg, uno de los primeros extranjeros que se unieron al PCC, contaba que hace cincuenta años este era el único lugar del país donde se podía comer un buen helado. Los locales saben que las reuniones han empezado cuando se cruzan con paramilitares por las calles.

Este año la pandemia lo ha trastocado todo. La histórica cita del resort chino se ha mantenido, pero por miedo a los contagios ha sido menos concurrida. Tampoco se esperan novedades: Xi Jinping convocó al Politburó en julio y le comunicó la hoja de ruta del país hasta 2035. Es el líder chino que más poder ha acumulado desde Mao y, según las pocas filtraciones que llegan desde dentro del Partido, quiso evitar que los veteranos cuestionaran su gestión en Beidaihe.